

No. 4 - Noviembre - 1954



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

## SEÑOR, DIOS INEFABLE

Señor, Dios inefable,  
Señor de todo, y nuestro especialmente,  
de tu nombre adorable  
en que nación o gente  
habrá quien maravillas mil no cuente?

Del Salmo VIII del Rey David.



Revista Infantil Nacional  
Publicada por la  
**FILIAL DE ANDE**  
Cantón Central de Heredia

Directora:  
**EVANGELINA GAMBOA**

Administración:  
**GUILLERMO SOLERA R.**  
**DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA**

San José — Costa Rica

### Sumario:

Señor, Dios inefable .....	1
El Niño chiquito, bonito .....	2
La rosa de Navidad .....	3
El Nacimiento .....	8
Gerard David .....	9
Villancicos .....	10
Bajada de Reyes .....	13
Página de los niños .....	15
La toca de la Virgen .....	16

**NOVIEMBRE 1954**

*Maderas:* Francisco Amighetti.

**VALE:**

**NUMERO 4**

*Dibujos a pluma:* Juan Manuel Sánchez.

**₡ 0.20**

## EL NIÑO CHIQUITO, BONITO

Portalico divino,  
¡cuán bien pareces  
con el Niño chiquito, bonito  
que nos ofreces!

Dulce portalico  
lleno de mil perlas,  
¡quién pudiera haberlas,  
para quedar rico!

Tus bienes publico,  
pues tan bien pareces  
con el Niño chiquito, bonito  
que nos ofreces.

Francisco de Avila



## LA ROSA DE NAVIDAD

En una cueva escondida en cierta montaña del bosque de Goinge vivía un temible bandido. Toda la comarca estaba asustada por sus correrías. De noche, ningún campesino dejaba de atrancar su puerta y de asegurarse que su escopeta estaba bien cargada. Las madres recomendaban a sus hijos que no se aventurasen a ir por el bosque, porque si el bandido les cogía no volverían más a sus casas. Así estaban las cosas hasta que decidió el Gobierno intervenir en el asunto. La Ley empezó a hacerse sentir y el bandido no se atrevió a salir del bosque. Las gentes de la comarca respiraron tranquilas, porque el temible bandido ya no se atrevía a bajar al pueblo.

Desde entonces, el malhechor tuvo que limitar sus fechorías a meterse con los pobres caminantes que se extraviaban en el bosque, pero como éstos no eran muchos, las ganancias iban disminuyendo. Por eso su mujer tuvo que bajar al pueblo a mendigar una limosna para mantenerse ellos y sus hijos. También ella era temible; si no le daban lo que pedía, volvía a la noche siguiente y prendía fuego a la casa donde se hubieran negado a darle algo. Por eso la socorrían en todas partes.

Y sucedió que yendo de lugar en lugar pidiendo limosna, llegó en cierta ocasión a Oved, situado al norte de Escania, donde en aquella época había un convento. La mujer, seguida de sus hijos, llamó a la puerta y pidió que le dieran algo para comer. El hermano portero abrió y volvió a poco con unos panes para entregárselos. Mientras tanto, uno de los chicos estaba vagando alrededor del convento. De pronto, por una puerta entreabierta vió algo que le llamó la atención: en el interior del edificio había un hermoso huerto; un lego estaba regando. El muchacho se fué hacia su madre, que ya se disponía a irse, y le rogó que le siguiera. La mujer marchó tras él, y cuando llegaron ante el huerto, se detuvo asombrada. Siempre había tenido gran afición al cultivo de las plantas y se deleitaba viendo las flores, y en verdad que en aquel jardincillo las había para todos los gustos. Entonces se decidió a empujar la puerta y entró sin más contemplaciones.

En aquel tiempo gobernaba el monasterio el abad Hans. Era un santo varón muy entendido en el arte de la jardinería; por eso estaba encantado con su huerto y no creía que en toda Escania hubiese otro parecido. La mujer del bandido avanzó por el jardín. Como era verano, sus plantas estaban cuajadas de flores. La mujer miraba a todas partes con gran complacencia, cuando el lego que regaba las flores la vió. Asombrado de que una mujer se hubiese metido dentro del monasterio, le dijo que se marchara de allí. Al ver que no le hacía caso, fué hacia ella, dispuesto a sacarla por la fuerza, pero la mujer le detuvo diciendo quien era y amenazándole con traer a su marido si se atrevía a hacerle algún daño. Entonces el lego no supo que hacer y decidió llamar al abad. Cuando le enteró de lo sucedido, el abad le reprendió por haber querido emplear la fuerza contra ella, y sin más compañía que la del lego, se fué hacia el jardín. Al entrar en él vieron como la mujer del bandido seguía

contemplando las flores. El abad notó en seguida que las miraba como si fuera entendida en la materia, y aún parecía acostumbrada a estar entre ellas y contemplaba a cada una con distinta atención. El monje y el lego fueron hacia ella. El abad, contento al ver que aquella mujer entendía de plantas, le preguntó dulcemente si le gustaban. Ella le contestó que aunque primero le pareció que era el jardín más bello que había visto, ahora notaba que no podía compararse con otro que ella conocía. El abad quedó estupefacto. ¿Cómo aquella mujer que vivía en un bosque se atrevía a despreciar su jardín y a hablarle de otro mejor? En verdad que no salía de su asombro. Pero ella siguió alabando aquel misterioso jardín, y como el lego empezaba a burlarse de lo que decía, la mujer le contestó que, puesto que eran tan piadosos, debían saber que en la Navidad de cada año el bosque de Goinge se convertía en un maravilloso jardín, en honor y gloria del nacimiento del Salvador. Como ella vivía en el bosque, todos los años tenía la dicha de contemplarlo y podía afirmar que nada igualaba a la belleza de sus flores. El lego no creyó lo que decía, pero el abad recordó que cuando era pequeño había oído la historia del bosque de Goinge, aunque nunca había podido verlo. Por eso decidió rogar a la mujer del bandido que en la próxima Navidad le dejara ir a su cueva y le prometió que no les causaría daño alguno. La mujer, primero, opuso algunos reparos, pero luego acabó por ceder a la proposición del abad y al poco rato regresaba a su casa.

Pasó el tiempo. Cierta día fué al convento el arzobispo de Lund. El abad Hans le contó lo ocurrido entre él y la mujer del bandido, y cómo, de no ayudarles, sus hijos acabarían siendo bandidos como su padre. Por eso debían conceder al malhechor el perdón y dejarle que volviera a una nueva vida. El arzobispo quedó pensativo. ¿Cómo daría el perdón a un hombre que tenía a su cargo tantas fechorías? Pero el abad insistió en su petición, y para darle más fuerza, que no podían negarles su misericordia, puesto que el mismo Jesús les concedía el privilegio de contemplar todas las Navidades el maravilloso milagro del bosque de Goinge. El arzobispo dudó de aquella historia; con todo, prometió acceder a lo que se le pedía, a cambio de que el abad le presentara una flor cogida en el bosque el día de Navidad.

En aquel mismo año, cuando llegó el día de Navidad, el abad marchó hacia la cueva del bandido. Para no ir solo, por su avanzada edad, fué acompañado del lego que estuvo presente el día de su conversación con la mujer del bandido. El hermano lego tenía reparo de aquella aventura y trató de convencer al abad para que desistiera de su empeño. Pero todos sus esfuerzos resultaron vanos y poco después emprendieron la marcha hacia el bosque. Conforme se iban adentrando en él, sentían gran frío y todo el paisaje que se presentaba ante sus ojos era áspero y pobre.

Al cabo de algunas horas, llegaron a la cueva donde vivían el bandido y su familia. Salió a recibirlos la mujer y les hizo pasar. Se sentaron en el suelo y cada uno comió de lo que llevaba, puesto que la cena de la familia no era abundante. Después que hubieron cenado, el monje y el lego se quedaron dormidos. El abad despertóse al poco tiempo, y el ruido de su conversación con la mujer del bandido hizo despertar también al hermano lego, que oyó como el abad explicaba a la mujer lo que había hablado con el arzobispo. El bandido y su mujer prometieron que si obtenían el perdón deseado, no volverían a cometer más fechorías. De pronto la mujer dijo al abad que escuchara: a lo lejos se oía un débil tañido de campanas. Sallieron del bosque. Su aspecto era solitario, más cuando el repicar de las campanas se hizo más fuerte, el bosque se iluminó con una extraña claridad. Fué cosa de unos momentos: después la oscuridad volvió a cubrirle. Un poco más tarde las tinieblas fueron desapareciendo; era como un bello amanecer. Entonces pudo ver el abad cómo la nieve que cubría el suelo del bosque desaparecía y de él surgían las más bellas flores. Parecía que la primavera hubiese hecho su aparición de pronto. Los arroyos corrían y el murmullo de sus aguas llegaba hasta los oídos del abad. Los árboles se llenaban de dorados frutos; bellas mariposas revoloteaban sin cesar por todas partes y multitud de pájaros alegraban la fronda con sus trinos. La vida despertaba en el lugar, al mismo tiempo que una luz maravillosa lo inundaba todo. Aquello parecía el paraíso de Dios.

La mujer del bandido y sus hijos paseaban entre aquellas maravillas y la alegría iluminaba sus rostros. La luz iba creciendo; las flores brillaban como si estuvieran cuajadas de piedras preciosas. El abad tomó una bella flor de fresa y, ad-

mirado por todo lo que veía, se postró de hinojos y dió gracias al Señor por tan magnífico milagro. Pero el lego, que había contemplado la escena, tuvo un mal pensamiento: aquello no podía ser más que obra del diablo. Mientras tanto, coros angélicos entonaban dulces cantos, que hicieron caer en éxtasis al abad. Los pájaros evitaban acercarse al incrédulo lego y se posaban, en cambio, en las manos del abad. Y sucedió que una paloma fué hacia el lego y le acarició el rostro con sus alas. Entonces éste, creyendo que era un ardid de Satán, la rechazó y le dijo indignado que volviera al infierno, de donde debía de haber venido. Apenas pronunció estas palabras, los ángeles dejaron de cantar, las flores desaparecieron y la luz deslumbradora se extinguió. La nieve empezó otra vez a cubrirlo todo y el bosque presentó de nuevo su anterior aspecto. El abad quedó anonadado; nunca volvería a contemplarlo. De pronto, se acordó de la flor prometida al arzobispo y empezó a buscar con afán entre la nieve, pero nada encontró. Sintió que un frío de muerte le helaba el corazón. ¿Cómo demostraría al arzobispo que había presenciado el milagro? Poco después, cuando fueron a buscarle el lego y la familia del bandido, extrañados de su tardanza en regresar a la cueva, le encontraron sin vida sobre la nieve. Al llevarle al convento para amortajarle, vieron que tenía entre sus manos unas raíces blanquecinas cubiertas de hojas. El lego las cogió y decidió plantarlas en el huerto del convento. Todo el año las estuvo cuidando con gran esmero, mas al llegar la primavera y el verano, vió con desconsuelo que la planta no florecía. Por fin, cuando llegó el invierno, la víspera de Navidad salió al jardín a ver la planta, y ¡cuál no sería su asombro cuando contempló en ella unas bellas flores blancas! Cogió una de ellas, se la llevó al arzobispo y le contó lo que había ocurrido. Aquél, al ver tan hermosas flores en medio del invierno, comprendió que la historia del bosque de Goinge era cierta, y poco después el bandido y su familia recibían el perdón prometido por el abad Hans. Desde entonces llevaron una vida decente y honrada.

En el bosque de Goinge no volvió a repetirse el milagro. Sólo ha perdurado la planta que cogiera el abad; a su flor la llaman «Rosa de Navidad» y todos los años, cuando se aproxima la Pascua, el bosque se cubre de flores blancas.

*Leyenda de Suecia.*



El Nacimiento

Gerard David



## GERARD DAVID

Los flamencos, redescubrieron al comenzar el siglo XV la pintura de aceite, tal como se practica en nuestros días.

Varios años más tarde, Gerard David, pintó este nacimiento, usando esa misma técnica, la pintura al oleo.

La escuela flamenca, a la que pertenece Gerard David, se caracteriza por el amor al detalle, sienten el gozo de reproducir los objetos tal como los baña la luz, poniendo el mismo esmero al pintar, tanto la cabeza de la Virgen, como la canastilla que contiene la ropa del Niño o el haz de paja dorada.

Por otra parte, estos pintores tienen una fé muy viva y, así reconstruyen con su imaginación piadosa, la Natividad que todos los años celebra con regocijo la humanidad, y al pintarla, se siente que transpan al cuadro la ternura y unción que los movió a la creación artística.

Francisco Amighetti

GERARDO DAVID



## VILLANCICOS

La Virgen se fué a lavar  
 sus manos blancas al río;  
 el sol se quedó parado,  
 la mar perdió su ruido.

La Virgen está lavando  
y tendiendo en el romero,  
los pajaritos cantaban,  
y el agua se iba riendo.

La Virgen se está peinando:  
su peine de marfil era;  
rayos de sol sus cabellos,  
la cinta, la primavera.

Los pastores de Belén  
todos juntos van por leña,  
para calentar al Niño  
que nació en la Nochebuena.

En un portalito oscuro,  
llenito de telarañas  
entre la mula y el buey  
nació el Redentor de almas.

Mientras María cortaba  
y hacía las camisitas  
¡qué de lágrimas de amor  
corrían por sus mejillas!

Una pandereta suena,  
yo no sé por donde va,  
camina para Belén  
hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba  
el santo José salió;  
no me despertéis al Niño  
que ahora poco se durmió.

Lo ha dormido entre sus brazos  
la madre de mi Señor,  
y su canto era tan dulce  
que pudo dormir a Dios.



## BAJADA DE REYES

Uno se llamaba Melchor. Era rey blanco.  
 Otro se llamaba Gaspar. Era rey indio.  
 El tercero era Baltasar. rey negro.

Los tres estaban en sus palacios, rodeados  
 de sus ministros, de sus cortesanos, de sus pajes.  
 Con sus reinas y sus príncipes.

Los tres miraban por la noche al cielo lleno  
 de estrellas. En aquellos tiempos, la gente miraba  
 más al cielo por la noche; las estrellas servían de  
 guía para viajar por el mundo. Todavía ahora, ellas  
 sirven a los marineros para guiarse en el mar.

De manera, pues, que los reyes miraban al  
 cielo. Y eran magos, o sea que sabían muchas  
 cosas buenas, para hacer bien a los hombres.

Y una noche en que estaban, cada uno en su palacio, mirando los luceros, muy lejos Melchor de Gaspar, muy lejos éste de Baltasar, se quedaron los tres sorprendidos. Había una estrella nueva en el cielo, una que nunca habían visto, una de la que no hablaba ningún sabio estrellero, ni estaba pintada en ningún libro.

Entonces, cada uno de los reyes llamó a su gente: "Arreglen todo para el viaje, que vamos muy lejos... Traigan los camellos, monten en ellos mi real asiento, mis reales ropas... Y comida y bebida para todos, que vamos lejos... "Y cada rey salió con sus camellos y camelleros, con sus ministros y cortesanos, con sus soldados y generales. Y echaron a andar, siguiendo el camino... ¿Qué camino? El que les señalaba la estrella recién nacida.

Y después de andar mucho, mucho, llegaron a una ciudad. Pero la estrellita no estaba sobre los palacios de esa ciudad, ni sobre las grandes casas, ni las torres. Lo que señalaba la estrella era un pesebre. Hasta allí llegaron los reyes. Aquella era la Estrella de Belén que había aparecido en el cielo cuando nació el Niño...

Los reyes adoraron al Niño y le entregaron sus presentes: oro, incienso y mirra. A San José y a la Virgen mil cosas bellas para que las pusieran al pie del pesebre donde estaba el Niño.

RENNE BOISSONNAS

Tomado de la revista "Navidad del Niño Venezolano"

## PAGINA DE LOS NIÑOS



Anie Sánchez - 7 años  
Escuela Braulio Morales - Heredia

## NAVIDAD

Es la Nochebuena. Alegres campanas se oyen anunciar al Salvador. Allá, una estrella en el cielo alumbrá con sus rayos de oro. Pasan alegres los angelitos con arpas de oro, San José y la Virgen arrullan a su Niño, y cánticos alegres se oyen. Es la Navidad...

Leda María Quirós B. 11 años.  
Escuela Cleto González Víquez - Heredia



## LA TOCA DE LA VIRGEN

La Virgen y San José  
 iban a una romería;  
 la Virgen va tan cansada,  
 que caminar no podía.  
 Cuando llegan a Belén  
 toda la gente dormía:  
 —Abre las puertas, portero,  
 a San José y a María.  
 —Estas puertas no se abren  
 hasta que amanezca el día.—

Se fueron a guarecer  
 a un portalito que había,  
 y entre la mula y el buey  
 nació el hijo de María.  
 Tan pobre estaba la Virgen,  
 que ni aun pañales tenía:  
 se quitó la toca blanca  
 que sus cabellos cubría;  
 la hizo cuatro pedazos  
 y a su Niñito envolvía.

Bajara un ángel del cielo,  
 unos pañales traía;  
 los unos eran de lino,  
 los otros de Holanda fina.  
 Volvió el ángel para el cielo  
 cantando el Ave María.